

El Rey Fernando ha vuelto a Silos...

El día séptimo de las calendas de Abril de 1962, debe pasar a nuestra historia vernácula con piedra blanca. Los motivos de su grandeza se han coagulado como en un globo de cristal, de un vidrio claro y frío. El 26 de Marzo se traspasó por una rigidez ausente de calor en el aire, que hizo a la efemérides más hierática y concreta.

De Burgos a Silos seguimos la vieja ruta de los conquistadores medievales. Excepto la ausencia de bosque y el asfalto de la carretera, nada a cambiado en el paisaje. Hasta los gañanes que con sus yuntas arañaban la costra helada de la tierra, pudieron ser los mismos que en el siglo X pechaban a los abades de la tierra el trigo para la mesa y el altar. Covarrubias, con sus aguas de Arlanza, su torre y su sepulcro de Fernán González, bien pudiera ser aquella avanzadilla cristiana que cada primavera esperaba la acometida de los califas.

Silos estaba de fiesta. Como aquel día de 1041, cuando fue bendecido Domingo, el riojano, que en la Historia y en la hagiografía sería Santo Domingo.

Como uno de aquellos días, frecuentes en la centuria oncenaria, cuando Don Fernando, el Rey que acababa de estrenar Castilla, se llegaba de Burgos a Silos para consultar con su santo Abad los graves problemas del Gobierno.

El Rey Fernando ha vuelto a Silos... Era una vieja deuda que había que saldar. Y la ocasión la pintiparaba la bendición del nuevo Padre Abad, de escuetos trazos místicos, como caballero de la honra y del espíritu. Don Pedro Alonso tiene la estampa de los viejos abades, de aquellos cuyo consejo y cuya acción agrandaban los límites de la Fe y de la Patria.

Fernando I protegió a Silos. El sabía que el maridaje del Trono y de la Iglesia, de los hombres de armas y de hábitos, traería indefectiblemente la gran unidad de la Patria, que él intuyó en su época viril y que, sin embargo, desbarató en un momento de blandura senil. Por lo mismo, el viaje a Silos, rodeado de sus magnates, de los condes y de los dignatarios,

de sus alféreces y pueblo. era la confirmación de la unidad de su pueblo, lanzado a la conquista de ideales tan grandiosos como el de ser núcleo de la Patria española.

El 26 de Marzo, con este mismo ideal, Castilla se reunió en Silos. cabe el claustro románico de filigrana oriental, a la sombra del ciprés que es una saeta disparada por una tierra generosa a un cielo immaculado. Era fácil trasponer la mente a los siglos pretéritos, al ver brillar en el aire las severas luces de los trajes episcopales, de los militares de alta graduación. En la mezcla de jerarquías y autoridades con el pueblo sencillo, no era difícil descubrir un sentido de renovación permanente y de unidad. Y en un dignísimo ministro del Gobierno, la voluntad de los dirigentes de la Nación de seguir por las brillantes rutas de los primeros siglos de nuestra nacionalidad.

Era como si Fernando I hubiese vuelto a Silos. No como cuando llegó acompañado del Obispo burgalés Don Gómez, para honrar las exequias del Abad Domingo, sino como cuando rodeado de abades y de nobles, discutía en aquel Monasterio la mejor solución a las cuestiones del Reino.

Y es posible que entre la concurrencia vagase la sombra del maestro Berceo. Su verso no se pagará con un vaso de «bon vino». Su romance tiene resonancias de mucho más valor. Gonzalo de Berceo, intuitivo y genial, nos cantaría hoy, en versos de la cuaderna vía, la inmensa alegría de su corazón castellano, al vivir una jornada de exaltación y confirmación de los valores que él vió sembrar en la abadía silense; la integración de todos los estamentos de la Patria, bajo la sombra bendita de un báculo y bajo la señal de la Cruz dibujada en el aire por la mano temblorosa y delicada de un Padre Abad recién bendecido. Bajo esa sombra ya podemos marchar con confianza por la ruta tajante y brava que marcó el ciprés del claustro medieval.

FRAY VALENTIN DE LA CRUZ, OCD.

* * *

Hermosa evocación y bella estampa, la que la pluma ágil y magistral de Fray Valentín nos depara, en prosa castiza y ejemplar. Muy grato hubiese resultado a una representación de esta Academia gustar por vista de ojos, los emotivos pormenores de la pompa litúrgica, mas no nos fue posible, no fuimos invitados; modestos nos creímos, pero no hasta tal punto. Lo sentimos y acusamos la preterición en pública manera, ya que no olvidamos nosotros, en su día, el deber de felicitar, cordialmente, al nuevo Abad, a raíz de haber sido elegido para este cargo honroso y elevado.